

SIN SALIDA

Abrí los ojos, despertándome sobresaltada. Tenía la respiración agitada y el pulso acelerado. Estaba completamente desorientada. - ¿Hay alguien ahí? - Pregunté, con esperanzas de que mis gritos de socorro llegaran a oídos de alguien. No hubo respuesta.

Por el eco, podía saber que me encontraba en una habitación pequeña, de unos cinco metros cuadrados. El aire era escaso y había humedad en el ambiente. Miré a mi alrededor y todo parecía oscuridad. Sin embargo, me di cuenta de que había un destello de luz que entraba por el ojo de una cerradura de apenas un centímetro, por el que decidí asomarme.

Entonces, quedé completamente paralizada. Estaba viendo otra sala, del mismo tamaño que la sala en la que yo me encontraba. En ella no había nada, a excepción de una pequeña mesa de metal y sobre ella, una botella de agua. ¿Una botella de agua? No comprendía nada. ¿Dónde estaba? ¿Había alguien más cerca de mí? ¿Cómo había acabado allí? ¿y cómo iba a salir?

No podía pensar con claridad entre tantas preguntas que me aturdían, y finalmente, entre tantos interrogantes, me quedé dormida de nuevo.

Me despertó la luz que entraba por el ojo de la cerradura. Seguía en la misma habitación. Tenía un poco de hambre y sed, pero todavía podía soportarlo. Me incorporé y, poco a poco, empecé a recordar lo que había ocurrido antes de quedarme dormida. Entonces, volvieron las preguntas: ¿Por qué había una botella de agua al otro lado de la puerta? ¿era para mí? De momento no la necesitaba, pero, ¿y si nadie me encontraba? Entonces sí necesitaría agua. ¿Cómo podía alcanzar la botella?

Golpeé la puerta con todas mis fuerzas, sin resultado alguno, así que busqué una llave por todos lados. Me agaché y palpé toda la habitación. Seguí palpando las paredes y, en la pared lateral, había una rendija del tamaño de mi puño. Tengo que aceptar que estaba bastante atemorizada, pero introduje mi mano y encontré un trozo de papel.

Rápidamente, corrí hacia el destello de luz que entraba por la cerradura y puse el papel para poder verlo. Entonces, pude leer una frase escrita a mano, en negro que decía: “SI QUIERES EL AGUA, PONTE EL UNIFORME QUE HAY EN LA SIGUIENTE RENDIJA”. ¿En la siguiente rendija? Me pregunté. Palpé el resto de la pared y, efectivamente, al lado de la primera rendija había otra un poco más grande y en ella, había lo que parecía el uniforme de un preso: unos pantalones anchos azules y una camiseta del mismo color.

¿Quién me había dejado esa nota? ¿y para qué quería que me pusiera esa ropa? ¿Debía obedecer para conseguir el agua? Sinceramente, me moría de sed. Solo podía pensar en el agua. Lo necesitaba. Ahora.

Finalmente, decidí ponerme el uniforme. Me quité mi ropa y lo hice. ¿Realmente, solo al cambiarme de ropa, conseguiría el agua?

No pasaron más de cinco segundos hasta que mi pregunta se respondió por sí misma. La puerta de metal se abrió lentamente, dejándome así paso hacia la siguiente habitación, donde estaba la botella de agua que tanto anhelaba.

Corrí hacia ella y, en cuando crucé la puerta, esta se cerró inmediatamente. Volvía a estar encerrada, solo que en otra habitación exactamente igual que la anterior. Al menos había luz. Pero entonces, lo único que importaba era el agua, así que cogí a botella y me bebí la mitad sin pensarlo.

Además, había otra puerta idéntica a la anterior por la que me asomé de nuevo. Había otra sala igual. No podía ser verdad. ¿Dónde estaba? Estaba empezando a desesperarme. ¿Qué había al otro lado de esa habitación? ¿otra idéntica? ¿y luego otra, y otra? ¿y si las habitaciones eran infinitas? ¿Y si nunca lograba salir de aquí? ¿Qué debía hacer? Podía haber solo tres habitaciones, o diez, o cien. No sabía cuántas habría, pero lo que sí sabía era que debía intentar llegar a la siguiente.

Desperté desorientada. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada, pero podía calcular que alrededor de una semana, porque tenía tanta hambre que cuando dormía, empezaba a soñar

que estaba en un restaurante de lujo, con marisco y todo tipo de manjares. Podía oler la carne del restaurante con el que estaba soñando. ¿O no era un sueño? El olor parecía tan real, tan delicioso...

Me acerqué al ojo de la cerradura y vi una bandeja metálica con una botella de agua y una hamburguesa sobre ella.

Vi que había otra rendija, igual que en la sala anterior. Me dirigí hacia ella y metí mi mano, esperando que quien me hubiera dejado el uniforme y la nota en la anterior habitación, lo hubiera hecho en esta también. Entonces, palpé un papel. Era una nota que decía: “SI QUIERES LA COMIDA, ESCRIBE LO QUE PONE EN LA OTRA CARA DE ESTE PAPEL EN EL FOLIO QUE HAY EN LA OTRA RENDIJA”.

¿Más órdenes? No podía obedecer siempre a mi secuestrador. Sin embargo, no me quedaba otra opción, el hambre era mucho mayor que mi sentido de la rebeldía. Así que metí la mano en la otra rendija, cogí el folio y el bolígrafo y empecé a copiar lo que ponía detrás de la nota:

HOLA LIDIA,

LO SIENTO MUCHO POR HABERME IDO ASÍ, SIN DECIR NADA. ÚLTIMAMENTE HE ESTADO MUY AGOBIADA CON EL TRABAJO Y TODO, ASÍ QUE HE DECIDIDO TOMARME UNAS VACACIONES. NO SÉ CUÁNTO TIEMPO SERÁ, PERO ME GUSTARÍA QUE FUERAN UNAS VACACIONES LARGAS.

POR FAVOR, NO ME LLAMES, NECESITO DESCONECTAR.

TE QUIERO.

SANDRA

Estaba claro que quien me hubiera encerrado, quería asegurarse de que no me echarían de menos. No quería ponérselo tan fácil, pero tuve que escribir la carta.

Lidia era mi hermana. De pequeñas, éramos inseparables, y ahora, nada había cambiado. Seguro que me había echado de menos, pero si recibe esta carta... seguramente se creerá que estoy de vacaciones.

A los pocos segundos de escribir la carta, la pesada puerta metálica se abrió, dejándome paso hacia la atrayente hamburguesa, sobre la que me abalancé sin pensarlo dos veces, devorándola con ansia.

Poco a poco, iba entendiendo a quien me había encerrado aquí. No sabía dónde estaba exactamente, quizá en un edificio alargado con muchas salas seguidas, y siempre había una o varias rendijas en las que había un objeto o una nota que me indicaba lo que debía hacer a cambio de avanzar hacia la siguiente sala. Pero, ¿Cuál era el objetivo de mi secuestrador? ¿mantenerme aquí encerrada toda la vida, mandándome recados para que pueda cambiar de habitación, hasta llegar a la última?

Pronto me di cuenta de que, si mi secuestrador necesitaba una carta escrita por mí para enviarla a mi familia, eso significaba que posiblemente planeaba mantenerme aquí encerrada mucho tiempo. Necesitaba escapar, así que decidí dejar de obedecer a mi secuestrador y trazar un plan para escapar de esta pesadilla.

Tras días reflexionando, me di cuenta de que podía intentar salir a través de la rendija por la que mi secuestrador me había dejado las notas. Me asomé por ella y, efectivamente, el fondo del agujero parecía hueco. Lo golpeé con fuerza y se abrió, y, con muchos esfuerzos, logré arrastrarme a través del pequeño agujero de la pared, hasta llegar al final de él.

Había llegado a una habitación llena de cámaras que enfocaban numerosas salas idénticas a todas en las que había estado. Además, había una mesa enorme con muchos cuadernos y papeles desordenados, como si fuera una oficina. Pero pronto, me di cuenta de que en cada una de esas habitaciones que se veían a través de las cámaras, había un chico o chica encerrados, al igual que lo había estado yo, y vestidos con un uniforme como el mío. Parecía

una pesadilla. ¿Para qué nos habían encerrado? ¿Se trata de un experimento? ¿Cuántas personas más estaban secuestradas? Y, sobre todo, ¿por qué nosotros?

Conté las habitaciones. No podía ser posible. Había decenas de personas en la misma situación que yo. Tenía que ayudarles.

Decidí esperar en la sala de las cámaras a que el secuestrador viniera. Pasaría la noche preparando un arma con la pata de una de las sillas para poder defenderme. Pero antes, decidí escribir en uno de los cuadernos que había sobre la mesa todo lo que había ocurrido, por si algo salía mal.

Por eso estoy escribiendo esto, porque si mi plan falla, espero que al menos alguien sepa lo que ocurrió.

El inspector Navarro terminó de leer el diario que Sandra, mi hermana gemela, había escrito durante las tres semanas que estuvo desaparecida.

-Es todo lo que logramos encontrar tras descubrir el cuerpo de Sandra. Este diario estaba a su lado cuando la encontramos en una cuneta de la carretera comarcal. – Explicó el inspector. – Tras una larga y costosa investigación, hemos descubierto que el asesino es un psicópata que perdió a su hermano gemelo al ser disparado por un policía nacional hace dos años. Desde entonces, ha estado secuestrando a varias parejas de gemelos de la comunidad. –También encontramos esta nota junto al cuerpo de su hermana–Añadió, ofreciéndome un trozo de papel arrugado.

Lo desdoblé y leí lo que ponía: “1/2. Ahora voy a por ti, Lidia”. No lo podía creer. Mi hermana había muerto por su culpa tras pasar semanas encerrada. Y esta nota parece ser una amenaza de que la siguiente, seré yo.